

Narrativa hispánica

SALVAR LA MEMORIA

Ignacio Soldevila

ALFONS CERVERA

Maquis

Montesinos, Barcelona, 1997

Hace apenas un año que reseñaba aquí la anterior novela de Alfons Cervera, *El color del crepúsculo* (Montesinos, 1995). Y lo primero que recomendaría al lector que me siga por este breve itinerario es que recuperara ese número de *Quimera* (145, marzo de 1996) y leyera o relejera aquel texto, porque me siento incapaz de repetir lo que allí dije, y frustrado a la vez si no se partiera de aquel testimonio y —así lo espero— de la lectura de la anterior novela de Cervera, para enfrentarse con ésta de la novela de ahora. No quiero tampoco dar a entender que tanto *Maquis* como la lectu-

ra que de ella haré sean continuación o segundas partes de aquellas, sin cuya previa lectura éstas vinieran a ser ininteligibles. Por lo que atañe a las novelas, sería más bien lo contrario, puesto que, si bien el pequeño mundo en el que transcurre la de hoy es exactamente el mismo, Los Yessares y la serranía circundante en el que la otra transcurría, el tiempo recobrado ahora le precede en estricta cuenta de calendario. Está construida con la misma habilidad, responde a los mismos principios y, por supuesto, contribuye fundamentalmente a la recreación de un mundo que, a fuerza de silencios, se iba perdiendo irremediablemente en el rodar implacable de los relojes y la inmisericorde desaparición de las generaciones.

Pero a veces ocurre que al-



gunos niños, especialmente sensibles al asombro ante el mundo de los mayores, vivan —como subrayaba Antonio Muñoz Molina en un reciente artículo— "atesorando los recuerdos de otros, queriendo dilatarse la vida en direcciones del espacio y del tiempo que sólo a través de otros se le vuelven accesibles. Es como un instinto que se tiene o no se tiene, que ya nos fatiga en la infancia". Y ese instinto, indiscutiblemente, lo tiene Alfons Cervera. Gracias a ese don, y sobre el recuerdo de los mayores, se puede ir reconstruyendo un pasado que no podrá destruir el paso del tiempo ni la voluntad de los olvidadores y los olvidadizos. Sólo que cuando ese pasado resucita así, aparece filtrado y transfigurado por la imaginación de quien, sin haberlo vivido, tiene que ir reconstruyendo a través de la

memoria ajena, y configurándolo con el barro de las palabras oídas que han ido depositándose en el pozo de la propia, hasta hacer que sea memoria personal. E inevitablemente, como dice una de las voces recogidas por Cervera, la historia se ha transformado en leyenda. Y el narrador se siente empujado a mitificar tanto como a desmitificar, en espera de que algún día la memoria justa de unos hombres oscurecidos por el silencio se recupere depositándose en la memoria colectiva, ese saber en función del presente al que llaman historia, magnificándola con una h mayúscula. Ese es sin duda, el caso de la novelística de Muñoz Molina cuando ha recreado el mundo de Mágina, el tiempo de la guerra civil y de su pro-

longación interminable en las décadas primeras de la dictadura. Pero Alfons Cervera es casi diez años mayor que el novelista andaluz, y era un chiquilín que alcanzó a presenciar con sus ojos abiertos en Gestalgar, en la serranía de Valencia, algunos de los últimos episodios de esa casi olvidada gesta, heroica y que hoy resulta muy fácil tildar de descabellada e inútil, partiendo del conocimiento de cómo vino a acabar. Pero todavía en 1945 y 1946, cuando los Aliados estaban poniendo fin a los regímenes fascistas de Europa los republicanos españoles podían soñar con la inminencia de la caída del franquismo.

Hace ya muchos años que, con el casi sobrenatural equilibrio y la gracia desengañada que le caracterizan, Francisco Ayala rememoró esos tiempos y esa ilusión en un relato titulado "La vida por la opinión" (1955),

recogido en *La cabeza del cordero*. Y es interesante ver, frente al aticismo excepcional de un hombre que fue protagonista y víctima de esos tiempos, cómo los herederos de ese pasado cubierto bajo "la espesura negra del silencio", como Cervera, los extraen con un apasionamiento entrañado y febril, que impregna su propia escritura de un fuego partisano. Con palmaria voluntad de hacer así inútiles los esfuerzos de una transición timorata empeñada en soterrar bajo losas de olvido los años de injusticia, dolor y muerte, y en mantener a los hombres que la protagonizaron en la más descarada impunidad. Porque, como en la vieja conseja medieval, basta con que una criatura inocente ose decirlo en voz alta para que la desnudez real sea inocultable.

La novela está fundada en episodios de la guerra de guerrillas desatada en las serranías de Valencia y de su vecina Teruel por un puñado de militantes a cuyas filas venían a veces a unirse los que la exasperación por las vejaciones, la injusticia y los continuos abusos del franquismo acababa por hacerles la vida imposible en los pueblos y, como antaño, no veían más salida que echarse al monte. Esto la religa a otras novelas anteriores, alguna ya tan lejana en el tiempo como *Cumbres de Extremadura* (1938) de Jose Herrera Pèterre, *Río Tajo*, de César M. Arconada, ambas transfiguradas por el soplo épico, y otras tan cercanas como *Luna de lobos* de Julio Llamazares.

En la de Cervera, es un espíritu elegíaco el que viene a injertarse al ramo de las memorias en un poderoso intento tanto de mitificación de unos héroes de la leyenda oral, como de destrucción de los mitos franquistas.

Parangonando a ésta con la anterior novela de Cervera, se ve claramente que ahora se amplifica la fuerza de su voz recurriendo no ya a una segunda voz de sostén y acompañamiento, como en *El color del crepúsculo*, sino a todo un conjunto de voces del pasado, recogidas por el narrador primero, hijo de uno de los hombres de la guerrilla, y víctima él mismo de las feroces represalias con que desahogaban los guardias su impotencia. En las mujeres y en este niño se ceban sus frustraciones, apoyados y jaleados por las fuerzas vivas del pueblo. Sus gritos de dolor, sus voces, y sus ominosos silencios, unidos a los de otras víctimas



Músicos de Los Yesares. Alguno acabaría en el monte

directas o indirectas de la represión, forman ese coro polifónico que narra la historia de miedos, dolor y muerte. Y brotan con la fuerza necesaria para surgir de bajo la chapa de plomo de los olvidos y la costra de culpables enmudecimientos. Hay ciertos *leitmotiv* temáticos fuertemente recurrentes, como el del viejo maestro Recalde, ("No somos nada... sólo somos lo que los demás, cuando nos morimos, recuerdan de nosotros") o el ya mencionado de la esperanza de que los Aliados prosigan su marcha victoriosa aquende los Pirineos. Ese mismo procedimiento de volver continuamente, con variaciones, sobre esos mismos temas, o sobre aspectos distintos de una misma unidad anecdótica (la muerte de Rosario, las traiciones de Máximo y de Justino, las andanzas de Sebastián Fombuena y las desgracias de su esposa Guadalupe y su hijo Angel) ya lo habíamos apuntado en la anterior novela que, como ésta, reemplaza la tradicional línea cronológica unidireccional de la narración por un perpétuo trenzar y destrenzar, ir y volver en un movimiento espiral que sobredimensiona la fuerza poética de la historia. Ese perpétuo retorno a los temas contribuye eficazmente a condicionar el carácter poemático de la novela, y a dar a estos personajes populares —como ya subrayamos en la anterior novela— una fuerza y un carácter novelescos que no estamos acostumbrados a ver en las transposiciones literarias del mundo de "los de abajo".

Cervera reafirma con esta novela su capacidad para crear un mundo suyo, inconfundible, un espacio geográfico muy limitado, con un puñado de seres "sin importancia", e insuflarles un espíritu que atrapa la pasión del lector, sin recurrir ni a sorprendentes recursos fantásticos (las técnicas del realismo mágico tan caras a los seguidores del maestro García Márquez) ni a hazañosas venturas. Sólo con la fuerza de su lenguaje rico en registros que van desde el fuerte exabrupto, pasando por el apasionamiento que hace que, como cuando se habla bajo la presión emocional (miedo, dolor, ira), las frases queden interrumpidas, hasta las anotaciones líricas más ricas en sensibilidad.

Como él mismo anuncia en una de sus notas preliminares: "Esto es una novela. Otra cosa, quizá, la memoria que inspira los hechos narrados en sus páginas". En cierto modo, es una novela histórica, aunque por ella no circulen personajes históricamente "importantes", de los que se recogen en la Historia salvo en forma de fantasmas recordados (y vilipendiados), como el torero Manolete (pp. 25-26). De hecho, se viene incluso a poner en duda la existencia real del propio Franco, por boca de un guerrillero, que lo reduce a fantasma inventado para fortalecer el miedo de los vencidos (v.p. 49). En esta novela bien pudiera, creo yo, citarse, como se citan frases de Wilde o de Caballero Bonald, el título de un memorable relato de Max Aub: "Yo no invento nada", de 1942². Es histó-

rica, pues, si aceptamos la concepción de la Historia-acontecimiento digna de memoria y de narración historiográfica tanto en los grandes hechos y personajes de primera magnitud, como en los que tienen por agonistas a los héroes anónimos de la cotidianidad. No hay Historia inteligible sin su intrahistoria.

La continuidad de este mundo en la narrativa de Cervera está asegurada no sólo por la misma toponimia de la anterior novela, sino por la presencia de una galería de personajes comunes a ambas, y por un buen puñado de recuerdos compartidos, que en cada una de ellas adquieren dimensiones distintas, ocupando en unas el primer plano, quedando relegadas en otro a fugaces apariciones, siguiendo una vieja y memorable tradición de los grandes realistas del XIX y del primer tercio del XX.

Ignoro la difusión que la suerte deparará a esta excelente novela, en estos tiempos en que la producción literaria vive sometida a los mismos azares que cualquier producto de lujo, pero bien sé que, sobreviva o no en los anaqueles de las librerías a esa feroz guadaña de la moda para temporada, es obra de arte y hecha para perdurar cuanto perdure la memoria de los hombres de bien. Ojalá muchos lectores puedan llegar a esa misma conclusión.

Notas

1. "La buena memoria". *El País*, 22-enero-1997, p.28
2. Recogido en *Cuentos ciertos y ahora en Enero sin nombre*, Alba Ed. Barcelona, 1994.